

Los pilares del control social de la Iglesia

Reseña de: Arcuri, Andrea, *Formas de disciplinamiento social en la época de la confesionalización. Costumbres, sacramentos y ministerios en Granada y Sicilia (1564-1665)*, Editorial Universidad de Granada, 2021.

 JAVIER REVILLA CANORA
UNIE Universidad
jrevillacanora@campusunie.es

El historiador Andrea Arcuri es doctor en “Historia y Artes” por la Universidad de Granada y vice-presidente de la *Società Dante Alighieri* de Granada . La obra que nos ocupa, *Formas de disciplinamiento social en la época de la confesionalización. Costumbres, sacramentos y ministerios en Granada y Sicilia (1564-1665)* ha sido publicada por la Editorial de la Universidad de Granada en encuadernación rústica y consta de un total de casi 470 páginas, divididas en cuatro grandes capítulos, además de una introducción, unas conclusiones, bibliografía y fuentes primarias empleadas.

La monografía pretende ofrecer al mundo académico una visión de conjunto en torno a aporte católico en relación al tema del disciplinamiento de costumbres individuales y colectivas a través de tres pilares fundamentales: la confesión, las visitas pastorales y la predicación popular. Estos, también, van a ser los ejes que vertebran los capítulos que pasamos a continuación a desgranar someramente.

En la introducción, el autor propone una comparación de elementos de control social entre los reinos de Granada y de Sicilia, centrandó su atención en las diócesis de Granada y Monreale y teniendo como escenario el Concilio de Trento y sus consecuencias en los años posteriores. Dentro del marco interpretativo del estudio, la obra se inserta en las problemáticas de la confesionalización y del disciplinamiento social, cuestiones que durante las dos últimas décadas del siglo XX se destacaron por ser empleadas en teorías interpretativas de diferentes fenómenos políticos, religiosos y sociales en la Edad Moderna y que, en la actualidad, están siendo revisitadas dentro del ámbito científico. Como el propio autor indica, la intencionalidad de este trabajo radica en tratar de ofrecer una nueva aportación sobre el tema y, al mismo tiempo, tratar de cubrir el vacío historiográfico que, a su juicio, existe en lo relativo a los efectos de la confesionalización en el ámbito ibérico. Así mismo, se ofrece una perspectiva comparada entre un territorio peninsular (en reino

de Granada) y uno italiano (el reino de Sicilia), dentro de un arco cronológico amplio que abarca desde el momento álgido del confesionalismo hasta el momento de declive.

El primer capítulo se centra en el marco historiográfico del concepto de confesionalización y del de disciplinamiento social. En lo que respecta al primero, se constata cómo a mediados del siglo XX se acuñó este concepto en la historiografía alemana, buscando definir la estructuración de las diversas confesiones religiosas de la Europa Moderna. Para la historiografía alemana, el confesionalismo engloba cuestiones públicas y privadas que conectan la formación de las nuevas confesiones en el contexto de la creación de los estados modernos y cuyo proceso fue impulsado tanto por cuestiones religiosas como por necesidades políticas. Las teorías sobre el paradigma de la confesionalización han llegado a estar plenamente aceptada por la historiografía, aunque también se han señalado algunos puntos cuestionables de esta teoría, siendo el nivel de abstracción uno de los más destacados. Para el autor, si no tuviese ese grado de abstracción supondría eludir cuestiones profundas en cuanto a las diferencias confesionales. Otro de los puntos en cuestión es el relativo a la confesionalización como proceso desde arriba. Para el autor, también existen elementos desde abajo que complementan la atención del proceso por lo que, para él, resulta interesante observar desde ambas vías. Lo más sugestivo de estas críticas es que, lejos de debilitar los postulados iniciales, han permitido que se abran nuevas perspectivas de estudio.

Para poder poner en marcha este proceso fue necesario un nuevo marco doctrinal que permitiese diferenciarse del resto de confesiones cristianas, lo que se ha definido como función social de la doctrina. Este proceso de definición doctrinal fue más fuerte e intenso en las nuevas confesiones que en el mundo católico en el que, el Concilio de Trento supuso el momento de reconstrucción del proceso confesional católico para el resto de la Edad Moderna.

Durante esta etapa de absolutismo confesional, las relaciones entre los tres grandes bloques fueron de hostilidad, de antagonismo, buscando acentuar las diferencias existentes entre ellas. Estas no solo se plasmaron sobre el papel sino que influyeron en prácticas devocionales diarias como procesiones, romerías, culto a vírgenes y santos, pero también se dejaron sentir en manifestaciones artísticas, el urbanismo o la educación e, incluso, en la concesión de nombres a los recién nacidos. La cuestión educacional fue enormemente importante ya que influyó en la preparación del clero en todas las confesiones. Especialmente relevante fue la educación del sacerdote católico en su función de confesor, pues fue el encargado de la propagación de la doctrina entre los fieles.

Partiendo de la base de que todo poder es una manifestación del poder de Dios, el autor va desgranando las relaciones entre los poderes políticos y el proceso de confesionalización, que fue promovida desde las más altas instancias. De esta manera obtenían significativos beneficios, convirtiendo a la Iglesia en un potente aliado, además de servir como un elemento de integración. La forma de disciplinamiento, en este sentido, tuvo una vía positiva – visitas pastorales, sínodos

provinciales, libros parroquiales – y negativa – Inquisición, censura de libros –. Dentro del catolicismo, como Arcuri reconoce, la columna vertebral de esta disciplina fue el sacramento de la confesión.

El segundo capítulo está focalizado en el estudio del control de la conciencia a través de la confesión y del empleo de los manuales de confesores. Y es que, desde finales de la Edad Media, el problema de la gracia de Dios fue un tormento para el cristiano, sobre todo en lo referente a la salvación individual. Tanto reformados como católicos recurrieron a diferentes soluciones para este problema. A este respecto, Arcuri se remonta a los orígenes del asentamiento de la confesión dentro del cristianismo y cómo, en Trento, pasó a convertirse en un sacramento que fue incluido en estas luchas dogmáticas contra los reformados. Al mismo tiempo, fue un elemento de control social y sirvió para mejorar la formación religiosa de la sociedad católica postridentina. Los dictámenes tridentinos concedieron un lugar privilegiado a la figura del párroco, pues pasó a ser un elemento fundamental tanto en el control doctrinal como por la disciplina social. Se facultaba al confesor para indagar sobre si el confesado tenía inclinaciones heréticas o si conocía personas que pudiesen tenerlas. De esta manera, la confesión no tenía solo fines reconciliatorios para con Dios sino centrados en estrategias de control y represión social.

Otra cuestión apreciable es la relativa a las fuentes para el estudio del sacramento de la confesión. Uno de los puntos fundamentales de la obra van a ser los manuales de confesores, aspecto al que Arcuri va a dedicar un significativo espacio en el libro. Tanto en España como en Italia se produjo una auténtica explosión de manuales de esta temática si bien, como se señala, existen pequeñas diferencias entre ambas regiones. Los sicilianos suelen ser menos extensos, de formato pequeño y de lenguaje sencillo. La tendencia cambió a mediados del siglo XVI, cuando comenzaron a llegar a tierras sicilianas un importante número de manuales escritos en España, más sólidos doctrinalmente.

Estas obras tenían una evidente función didáctica para la formación de los confesores, pues contenían ejemplos, se ocupaban de resumir el significado y las razones de la penitencia, aclarando así cuestiones doctrinales, etc. Sin embargo, el párroco no era el único destinatario, ya que también los penitentes recurrían a ellos buscando cómo prepararse para este sacramento. Los manuales modernos, a diferencia de los medievales, adquirieron progresivamente la lengua vulgar como elemento vehicular – impuesto desde Trento – a través del que acceder a un importante número de personas y favorecer la comprensión del clero rural, normalmente peor preparado. De esta manera se observa cómo, al mismo tiempo, se está contribuyendo a la expansión del nuevo ideario en las capas más bajas de la sociedad. Además, también se dedican cuestiones relativas a las mujeres y su papel en la sociedad, que es analizada por el autor de manera especial.

Hasta este punto de la obra, Arcuri se centra en cuestiones doctrinales que va ejemplificando con fuentes primarias procedentes de autores contemporáneos como Gaspar Román, Medina

o Fernández de Córdoba. A partir de este momento, el autor va a ir entrecruzando cuestiones teóricas con ejemplos prácticos tanto de Granada como de Sicilia que van a enriquecer la obra.

El tercer capítulo va a estar dedicado a las visitas pastorales, iniciándolo con un recorrido histórico desde su creación pasando por la evolución de las mismas hasta las sesiones conciliares tridentinas. Las visitas estaban destinadas a uniformar la realidad religiosa y social local y adaptarla al nuevo modelo tridentino, además de corregir situaciones de abuso tanto de religiosos como de laicos, testimoniados por castigos y censuras de todo tipo. Impulsadas tras Trento, permitían a los obispos conocer de primera mano la realidad de la vida cotidiana de las parroquias y la relación de feligreses y religiosos. El autor señala que en muchas ocasiones se repetían las mismas advertencias en las dos regiones estudiadas, por lo que cabría preguntarse por la resistencia a la hora de acatar determinadas cuestiones disciplinarias.

Los documentos que estas visitas producían van a ser objeto de análisis y es que, al religioso que la efectúa, le acompaña un notario que va dejando testimonio de todo cuanto acontece. Así, este tipo de documentación supone una fuente primaria de primer orden que se revela extraordinaria a la hora de conocer los pormenores de un territorio, no solo en cuestiones religiosas sino también de costumbres y vida cotidiana.

En este capítulo se desgranán las visitas llevadas a cabo en Granada y Monreale, destacando aspectos como el itinerario que seguía el visitador, cuestiones culturales, folklóricas y de recepción del mismo en las diversas etapas, etc. Arcuri, aparte de dedicar un significativo espacio a cuestiones culturales y devocionales, destina un epígrafe al conocimiento del clero diocesano de la circunscripción, centrado especialmente en cuestiones de vida moral y religiosa.

Mientras que los anteriores capítulos se han centrado en la visita o la confesión, el cuarto añade un nuevo pilar: la predicación. De esta manera, el autor ejemplifica cómo la palabra tuvo su reflejo en manifestaciones populares, en el disciplinamiento de costumbres en la población, etc. Para Arcuri, vincular predicación y práctica religiosa posibilita un análisis menos abstracto de los sermones, especialmente los populares.

Se antoja necesaria una contextualización de la oratoria sagrada del periodo ya que esta no solo buscaba inculcar la doctrina católica sino contribuir a mantener el orden establecido. De esta manera, las órdenes religiosas tuvieron una activa presencia en las misiones populares cuyo objetivo era difundir los nuevos postulados tridentinos. En este sentido se van a destacar los jesuitas, quienes desarrollaron una metodología propia que fue empleada como espejo en otras órdenes religiosas. De esta manera, el modelo misional que se impuso en el mundo católico fue más bien penitencial, mientras que en otros lugares como Francia, con otras realidades religiosas, el modelo adoptado fue el catequético, destinado a la lucha contra el hereje y la conversión del infiel.

Dentro de este contexto tenemos que situar la conocida como devoción de las Cuarenta Horas, una de las actividades litúrgicas más interesantes introducidas en la contra reforma y destinada a fomentar el fervor hacia la Eucaristía.

Finaliza esta obra con unas importantes conclusiones en las que no se hace un mero resumen de las cuestiones más importantes de las páginas precedentes sino que se aportan ideas novedosas que cierran perfectamente cuestiones que han quedado sin perfilar en su momento y que, ahora, cobran pleno sentido.

Como hemos indicado en las páginas precedentes, la obra de Andrea Arcuri supone un revulsivo dentro del panorama historiográfico dedicado a la cuestión del adoctrinamiento social no solo porque compara dos territorios aparentemente alejados dentro de estos parámetros sino porque aporta numerosos datos de cómo estas cuestiones afectaban a la cotidianeidad de los cristianos del momento, prestando especial atención a determinados sectores sociales como trabajadores o mujeres. Serán estas las que reciban mayor atención sobre las consecuencias de la aplicación del disciplinamiento social, cumpliendo uno de los objetivos que el autor se marcaba al comienzo de su investigación: averiguar los éxitos y los fracasos de la aplicación del disciplinamiento social desde una perspectiva comparada. Para ello, no solo ha recurrido a una más que extensa bibliografía sino que el trabajo de archivo ha sido fundamental para la consecución de la obra.